

El espectáculo que en estos momentos ofrecen Bélgica, Grecia e Italia, no es algo que pueda llenar de felicidad el alma de ningún buen demócrata. Ganada la guerra por los aliados en un punto, surgen en ese punto, con sorprendente violencia, tremendas luchas intestinas. Los hombres que defendieron, a plena luz o subterráneamente y exponiendo sus vidas, la libertad o el derecho de sus pueblos, se niegan a aceptar la imposición de los mismos gobiernos o los mismos gobernantes que tuvieron antes de la guerra y que, al parecer, no les sirvieron de maldita la cosa. Unicamente Francia, que ha logrado por el momento lo que quería, aparece tranquila.

Es muy fácil decir que esas revueltas son instigadas por comunistas. Es posible que tengan algo que ver con ellas, pero, de seguro, y tal como ocurrió en Rusia, su papel debe ser el de meros organizadores de un movimiento que ha surgido espontáneamente. UNO es la primera vez, por lo demás, que tal cosa sucede en el mundo: muchos reyes o jefes de gobierno fueron derribados, y en algunos casos ejecutados, por sus propios pueblos, en épocas en que el comunismo era tan conocido como el "robot" o la teoría de la relatividad, sin que esto quiera decir que el comunismo tenga algo que ver con el uno o con la otra. Es grave error político suponer que es el comunismo el que crea las condiciones que hacen posible el descontento o el levantamiento de un pueblo. Las condiciones se crean solas, ayudadas por la torpeza o la desidia de los gobernantes.

Una guerra perdida, o cualquiera otra catástrofe, puede hacer cambiar a un pueblo hasta el extremo de que lo que hasta ayer le parecía natural o divino, hoy le parece funesto y mortal. Imaginémosnos que Inglaterra hubiese perdido esta guerra: ¿habría seguido rigiéndose en la misma forma que antes de la guerra? Indudablemente, no, por mucho que una pequeña minoría -- la misma minoría de Grecia, Bélgica e Italia -- hubiese preferido retornar a la forma anterior.

Lo que sucede en el presente, sin embargo, parece ser nada más que el comienzo de un largo y terrible camino: quedan aun muchas naciones por liberar y, lo que es peor, queda aun Alemania por vencer. ¿Qué sucederá el día -- lejano o cercano -- en que las fuerzas aliadas dominen al ejército alemán y tengan que enfrentarse con el pueblo alemán? Si los aliados no adoptan una fórmula que haga posible el que los pueblos, haciendo caso omiso de aquellas porfiadas minorías, obtenga, en recompensa, por lo menos el gobierno que desean, esta guerra no será sino el prólogo de una ~~más~~ larga agonía universal.

Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©